

La construcción como idea generadora de la arquitectura de Antonio Escario

Francisco Taberner Pastor

Discurso de contestación en la recepción pública
del Académico de Número Ilmo. Sr. D Antonio Escario Martínez

Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, Ilma. Sra. Dra. Gral de Patrimonio, Ilmo Sr. Vicerrector de Cultura de la *Universitat de València*, señores Académicos, señoras y señores :

El discurso con el que el nuevo académico ha expuesto el credo que ha orientado su intenso quehacer proyectual a lo largo de un ya largo recorrido, es la reflexión de quien tras una dilatada y fructífera trayectoria profesional trata de sintetizar aquellas ideas que le han orientado, fortalecido y servido de apoyo en su trabajo diario, entre las que ha subrayado la necesidad de esa buena práctica constructiva que él con tanta asiduidad ha empleado, de una arquitectura con vocación de permanencia, con conciencia crítica, y que sepa resolver las necesidades para cuya satisfacción fue construida.

Y lo ha hecho desde la esperanza y desde el convencimiento que de que hay un despertar colectivo de profesionales dispuestos a luchar por resolver los problemas que son propios de la disciplina.

No hace falta decir que el arquitecto Antonio Escario es persona de reconocido prestigio en su profesión, pero creo que quizá su obra realizada fuera de Valencia no es excesivamente conocida entre nosotros, aunque se encuentre publicada en diversas revistas especializadas, y en ese sentido, sería lo indicado plasmar aquí algunos de los aspectos mas relevantes de lo que ha sido, hasta el momento, su recorrido vivido en torno a la arquitectura, tanto en nuestra ciudad como fuera de ella.

Inicia sus estudios en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, en donde obtendrá el título en 1963.

En la Escuela serán sus compañeros algunos de los nombres mas decisivos en nuestro panorama arquitectónico actual como Rafael Moneo, Manuel Gallego Jorroto, Fernando Higueras o César Portela, este último Premio Nacional de Arquitectura y redactor del proyecto de la nueva estación del Norte de Valencia, en el futuro Parque Central.

La Escuela de Madrid estaba en aquellos momentos considerada como mas clásica, y anclada en el pasado -frente a una concepción mas moderna o europea de la que presumía Barcelona- en la que

los catedráticos aparecían como grandes e incuestionables maestros como el profesor Arangoa, que introducía a los futuros arquitectos en el complejo mundo de las estructuras,-que había que calcular sin la ayuda de las calculadoras- o López Durán que impartía los necesarios conocimientos de Dibujo, en los que el “encaje” y “mancha” de la estatua constituían la base fundamental del aprendizaje, pero que también alternaba con otras técnicas, hoy absolutamente olvidadas como el “lavado” en la que las formas volumétricas de los modelos se generaban por la hábil utilización del pincel que partiendo del blanco del papel iba dibujando sombras, cada vez de mayor intensidad, hasta llegar al negro, mediante la disolución de una barra de tinta en un recipiente con agua que se iba oscureciendo a medida que, mediante la repetida introducción de la barra en el agua, se concentraba su disolución.

En la asignatura de proyectos se fue gestando por aquellos años un relevo generacional y una evidente modernización de las pautas pedagógicas existentes hasta entonces, apareciendo en las aulas jóvenes arquitectos que poco a poco fueron consolidando sus puestos docentes como Fco. Javier Sainz de Oiza, Alejandro de la Sota, Javier Carvajal, o Antonio Fernández Alba, que en su primer curso como docente tuvo a Antonio como alumno.

Otros dos alumnos valencianos, José Antonio Vidal y José Vives Ferrero, compartirán sus avatares en la escuela y al finalizar sus estudios, consolidarán junto con Antonio Escario el reputado estudio Escario Vidal Vives uno de los primeros equipos de arquitectos que se constituyen en la ciudad (cosa poco frecuente, en aquella época en la que lo normal, hasta el momento, era el trabajo individual) y con ellos trabajará hasta el año 1990, en el que bajo el nombre Escario Arquitectos, comienza una nueva trayectoria individual, aunque con frecuentes colaboraciones, en casos puntuales, con otros compañeros.

El ambiente de nuestra ciudad en los primeros años sesenta, cuando Antonio llega recién titulado, no es el mas apropiado para introducir nuevas o arriesgadas propuestas arquitectónicas en un contexto de relativo aislamiento cultural en el que la complejidad administrativa ahogaba las voluntades renovadoras. El ambiente cultural era poco propenso a las vanguardias, como quizá haya sido siempre por otra parte, pero existían algunos reductos desde los que se defendía una nueva forma de hacer, o de sentir, el arte y la arquitectura.

En ese sentido querría destacar aquí el papel, quizá minoritario de pero de notable influencia que representó en aquellos años en Valencia la revista *Suma y Sigue*, subtitulada *Arte y Arquitectura*, editada por el hoy académico de honor, nuestro insigne compañero José Huget, autentico mecenas de la revista, en la que se publicaron, en 1966, las conclusiones de la 9ª *Conferencia Internacional de estudiantes de arquitectura*, realizada en Estocolmo en julio del año anterior, en la que la escuela de Madrid presentó una completa y sugestiva ponencia, también reproducida en las páginas de la revista, en las que, otro de sus compañeros de estudios, y luego de docencia, Rafael Tamarit, al escribir sobre el estado de la arquitectura y el diseño en nuestra ciudad, afirmaba sin tapujos, con su franqueza habitual: “tenemos una arquitectura actual decadente” para concluir que: “nos faltan arquitectos realmente formados”.

En la misma publicación otro autor se quejaba amargamente de la continua desaparición en aquellos años de buena parte de nuestro patrimonio edificado, del descuido en el que se encontraban nuestros principales monumentos y el deterioro progresivo de nuestro paisaje urbano.

Y es que en esos años se cometieron auténticas tropelías como el derribo, en 1965, del Palacio de los Condes de Parcent, preámbulo de lo que después supondría la demolición del Convento de Santa Catalina de Siena, con el desmontaje y traslado de su iglesia en un ambiente generalizado no diré de desprecio pero si de falta de aprecio por nuestro patrimonio cultural.

En este contexto, nada favorable para la arquitectura se iniciaba la trayectoria profesional del nuevo académico

En el año 1970, inicia una dedicación docente que prolongará hasta 1988, compatibilizando la docencia con la dedicación, una dedicación intensiva, a su estudio. En la Escuela de la Plaza de Galicia le conocí y tuve la suerte de encontrarme entre sus alumnos, en la asignatura de proyectos, que

impartía desde la lógica constructiva sin negar a la racionalidad su capacidad expresiva. A todos los que asistimos a sus clases nos sorprendía su prodigiosa memoria que almacenaba la génesis y evolución de cada uno de nuestros proyectos, y logró un reconocimiento generalizado de los alumnos que incluso, en cierto momento, plasmaron por escrito, importante reconocimiento que no se ha vuelto a dar, que yo recuerde, en la vida de la escuela.

La escuela de Valencia estaba entonces recién creada, la dirigía por nuestro querido y desaparecido compañero D. Román Jiménez Iranzo, y empezaba su singladura en medio de grandes carencias. Una de ellas era la biblioteca, como es lógico de nueva creación y parcamente dotada, en la que las referencias a la arquitectura más reciente eran verdaderamente escasas. Uno de los primeros libros que sirvió para paliar esa carencia fue el de “Nuevos caminos de la arquitectura Italiana” (también se publicaron de la arquitectura inglesa, japonesa o alemana), del entonces desconocido para nosotros Vittorio Gregotti, que supuso un primer acercamiento cultural a lo que hoy entendemos por arquitectura moderna.

En el libro se mostraban imágenes sugestivas como las de Terragni, el Novomocum o la casa del Fascio, ambas en Como, que aparecían fascinantes ante nuestros ojos o la torre Velasca en Milan y numerosas intervenciones de Franco Albini, que sería uno de los primeros conferenciantes que visitó nuestra escuela, en la que nos mostró sus principales obras como la Rinascette de Roma, 1961, la Estación de ferrocarriles subterráneos de Milán, 1963, o su refinado interiorismo empleado en el Palazzo Bianco, 1951, o el Museo del tesoro de san Lorenzo, 1956, ambos en Génova. O la casa de Ignacio Gardella en la Zattere, en Venecia, armonizando su fachada con su entorno próximo, ejemplo que sería ampliamente utilizado en las discusiones sobre cómo se debería de construir en los centros históricos

Y mostraba también los trabajos de Carlo Aymonino y de Aldo Rosi, de gran predicamento en nuestra escuela en los primeros años de los setenta.

Quizá una visión más generalizada de la arquitectura del momento nos llegó de la mano, o habría que decir del texto, de Gillo Dorfles que en la colección Biblioteca Breve, un colección heterogénea en la que convivían la novela, la poesía y el ensayo, de la editorial Seix Barral, publicaba, en 1966 su “Arquitectura Moderna”, en la que su mirada se extendía sobre las grandes figuras de la época: Gropius, Wright, Le Corbusier, Mies, o Alvar Aalto, y mostraba una amplia panorámica de las tendencias más significativas.

Como apéndice al libro, un texto de Oriol Bohigas, centraba la atención en España, en donde mostraba ya las primeras obras de Miguel Fisac, el convento de las Dominicas de Valladolid, de 1955, de José Antonio Coderch, su casa en la Barceloneta, de 1955, o las más recientes de su propio equipo Martorell-Bohigas MacKay, el Bloque en la Meridiana, 1964, o de Antonio Fernández Alba, su Seminario en Loeches, de 1964.

En la portada, mostraba su espléndida imagen la obra, todavía inconclusa, de Torres Blancas que catapultaría a Saez de Oiza que pronto se erigiría en maestro de toda una generación.

Una excelente fuente de información de lo que sucedía fuera de nuestras fronteras la constituyó durante muchos años, pero con especial relevancia en los años sesenta y setenta la revista L'Architecture d'Au Jour d'huí conexión con Europa fundamentalmente, en tanto que la Revista Nacional de Arquitectura daba cuenta de la incipiente arquitectura moderna que se iba realizando en España y alentaba debates y *Pequeños Congresos* sobre su problemática.

Pero la llegada de nuevos aires y la divulgación de lo que en el terreno de la crítica arquitectónica se dilucidaba en aquellos momentos, se lo debemos sin duda a Oriol Bohigas que en 1969 publicaba en forma de libro “Contra una arquitectura adjetivada”, recopilación de artículos en los que pasaba revista a las inquietudes del momento analizando desde “los equívocos progresistas de la arquitectura moderna” a los problemas de la universidad o los urbanísticos de la Inmigración pasando por las polémicas entre metodología y tipología, alentadas desde la Casabella de Ernest N. Rogers, o planteando la disyuntiva de “diseñar para un público o contra un público”.

Pero nuestro hoy académico no profesionalizó su carrera docente sino que su dedicación fundamental y vivida con apasionada intensidad fue, y es, su dedicación a la arquitectura, a proyectar y dirigir obras, con una extensa producción, -mas de trescientos proyectos singulares-, enormemente variada, que genera una incansable elaboración de nuevas ideas que aprovecha para introducir en los numerosos concursos en los que participa.

Su obra es diversa en su temática y en sus formas, que surgen de las opciones constructivas de cada proyecto. En 1973 construye la Torre de Ripalda, edificio, conocido popularmente como “la Pagoda”, en el Llano del Real, sobre los terrenos de la antigua Feria Muestrario. Una importante implantación residencial realizada formando parte del Estudio Escario Vidal Vives, sin duda su obra mas conocida popularmente, pero su importante producción, que se reparte en diversas ciudades españolas, Albacete, Sevilla, Vigo, Murcia... incluso con alguna obra puntual en el continente americano, abarca todos los campos como podremos ver continuación.

De entre su abundante producción y ciñéndome únicamente a su obra construida, a su **arquitectura real**, y bajo mi criterio de selección personal, no exento de subjetividad, me gustaría referirme a algunos edificios que dentro de su modo de hacer- me resisto de hablar de estilo- aportan conocimientos, abren nuevos caminos y denotan, en cualquier caso, un decidido amor a la profesión.

Su primera obra el Oratorio de san Felipe Neri, 1963-65, cuyos primeros esbozos realiza cuando todavía no había terminado sus estudios, refleja ya sus inquietudes futuras, y desde una contenida ingenuidad marca lo que será su futura trayectoria. Fue publicada, por su indudable interés, en la Revista Nacional de Arquitectura

Por aquel entonces escribía José Antonio Coderch “No son genios lo que necesitamos ahora”, discurso plenamente vigente -que fue ampliamente difundido, “ciclostilado”, entre los estudiantes de la escuela de Valencia-, sobre el que el propio autor volvería años mas tarde, en 1977 al ser nombrado Académico de la Real Academia de San Jorge, en Barcelona. En su texto, verdadera declaración de principios, que reclamaba: “Necesitamos que miles de arquitectos que andan por el mundo piensen menos en la Arquitectura (en mayúscula), en dinero o en las ciudades del año 2000, y mas en su oficio de arquitecto”

Desarrollando con fruición ese oficio surgen sus mas relevantes proyectos a los que dado el escaso tiempo del que dispongo, me voy a referir sucintamente, de acuerdo con su orden cronológico.

Conserva su primitivo interés el Museo Provincial Arqueológico Etnológico y de BB.AA. de Albacete (1968-73) con cuidadosa y estudiada entrada de la luz, y con un respeto total a las plantaciones arbóreas existentes, que son incorporadas con toda naturalidad al edificio.

En la Oficina para la Sede de la Tesorería de la Seguridad social, 1986-91, en la calle de Colón, utiliza el muro cortina sobre una fachada apoyada tan solo en sus extremos. En la misma línea podríamos considerar la Sede central de Caja Albacete, 1991, o la Tesorería de la Seguridad social de Sevilla, 1992-97, primer premio de un concurso restringido, obtenido con la colaboración de Francisco Candel, en la que los acristalamientos cobran un apreciable protagonismo y en donde esboza su concepto de patio andaluz al servicio de un edificio administrativo. En las mismas coordenadas se encontraría el Edificio Hispania, en Murcia, premio a la calidad de la edificación 2004.

Destaca en su producción, como consecuencia de su dedicación como Arquitecto Jefe de la Unidad Técnica de la Universidad de Valencia, de importantes edificios como el Instituto de Investigación y Actividades Deportivas, de 1992, en donde es de destacar la audaz utilización de carpintería de perfiles de acero con vidrios dispuestos “a hueso”, resuelta en la trama reticular de hormigón visto.

O la Facultad de Farmacia del Campus de Burjasot, 1993, con la que obtendrá el premio nacional de arquitectura de la Fundación CEOE. O el Instituto de Agroquímica. También deberíamos hacer referencia, en este apartado de edificios docentes, al mas reciente Instituto de Educación Secundaria de la Avda. Melchor Botella, de Elche, 2002- 2005.

Otros proyectos singulares serán el nuevo edificio para la terminal del Aeropuerto de Vigo, 1993-95, de funcional distribución modulada por el ritmo columnario. O el proyecto de Ampliación de la terminal del Aeropuerto de Ibiza, 2002, (concurso sin adjudicación decidida) en donde una ordenada trama de cuadrados componen una cubierta que se integra en el paisaje con la exposición de sus tierras.

Su proyecto más ambicioso, obtenido mediante un reñido concurso internacional, es probablemente el de la Euroagencia de Patentes y Marcas, Oficina de armonización del mercado interior, conocido por su abreviatura OAMI, en 1997, en Alicante, en donde su estructura de hormigón armado alcanza luces de quince metros, permitiendo la generación de espacios de gran diafanidad en un edificio cuya superficie se acerca a los 40.000 m².

También podríamos referirnos a su obra construida en Benidorm, en donde poderosos edificios de altura, exploran nuevos caminos para la segunda residencia en un entorno mayoritariamente marcado por la banalidad, y en donde su Hotel Bali, con sus 52 alturas rompe el techo del Mediterráneo, conformando un esbelto edificio en el que el hormigón se convierte en principal protagonista

Para la Universidad realizará dos importantes trabajos de rehabilitación y puesta en valor de sus sedes históricas, realizados en colaboración con Luis Carratalá. En la primera de ellas, 1997-99, en la calle de la Nave, recuperará espacios originarios, y dejará a la vista la traza de la muralla árabe, y los vestigios de lo que fueron los primeros locales de esta Real Academia.

En la segunda, la Antigua Facultad de Ciencias, se transforma en 2002, para usos fundamentalmente administrativos, con una puesta al día de la totalidad de sus instalaciones.

En la actualidad dirige las obras, de la nueva Escuela de Ingenieros de la Universidad y, ya en periodo de finalización, las de los edificios 1 y 2 del Parque Científico del Campus Universitario de Paterna, edificios destinados a albergar despachos para investigadores dispuestos de forma que admiten diversos tipos de crecimiento y acomodación a futuras necesidades

Es difícil sintetizar la idea generadora de los proyectos. Como en toda forma artística la formalización final siempre será consecuencia de múltiples opciones que se ve van decantando bajo reiterados procesos de selección.

En todos ellos encontramos una constantes vitales: estudio minucioso del programa de necesidades, traslación a las plantas del proyecto y resolución de la envolvente con un atento cuidado en la optimización de los materiales

Desde su primer esbozo, que realiza a mano alzada, con exquisita sensibilidad, están presentes el material y el procedimiento constructivo para conseguir una obra y un sistema de trabajo complejo que quizá se aproxime a los postulados de Peter Zumthor cuando en su libro “Pensar la arquitectura”, en 2004, escribe:

“El núcleo propio de toda tarea arquitectónica reside en el acto de construir. Es aquí, cuando los materiales concretos se ensamblan y se levantan, donde la arquitectura pensada se convierte en parte del mundo real”

En ese entorno se mueve la obra del, desde hoy, nuevo académico.

Una obra alejada de modas efímeras, con voluntad de materialidad, sustentada en el conocimiento de los procedimientos constructivos y en la expresividad de los materiales, de gesto contenido en las formas y audaz en sus concepciones estructurales, que armoniza la rigidez funcional de sus plantas con eficaces recursos plásticos ligados a la ingeniosa utilización de los materiales.

Y para terminar, vuelvo a la escuela y a aquellos alumnos que rubricaron con sus firmas la idoneidad del profesor, porque debo de confesar que una de aquellas firmas, era la mía y es por ello que me enorgullezco doblemente del hecho que hoy, por un capricho del destino -y por una incongruencia cronológica-, me toque a mí recibir a quien con tan fecunda trayectoria ha llegado, con sobrados merecimientos, a esta Real Academia, que a buen seguro se ha de enriquecer con su saber hacer, su brillante profesionalidad y sus amplios conocimientos.

He dicho